

Carlos Javier GONZÁLEZ GONZÁLEZ, *Xipe Tótec. Guerra y regeneración del maíz en la religión mexicana*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Fondo de Cultura Económica, México, 2011, 456 pp., ISBN 978-607-484-181-7.

Pasamos por una época fructífera en el campo de los estudios de la cosmovisión y la religión mesoamericanas. A los sorprendentes hallazgos arqueológicos se suman los avances en el desciframiento de los glifos, los análisis cada vez más precisos de los códices, el refinamiento –gracias a la lingüística– en la traducción de los textos indígenas, el desarrollo de las técnicas auxiliares que nos conducen a encontrar desde los secretos del ADN hasta el origen de los materiales de construcción, etcétera. Y todo lo anterior robustecido por la edición crítica y facsimilar de las fuentes y los modernos recursos electrónicos que nos permiten la formación y consulta de los bancos de datos, el manejo de la información y la rápida comunicación entre los especialistas. No nos debe extrañar, por tanto, que sean tiempos en los que los investigadores acepten grandes retos y lleguen a muy satisfactorios resultados. Pongamos como ejemplos los intentos por desentrañar las características de los dioses más enigmáticos del panteón mexicana. Recientemente hubo quien se lanzó con éxito al estudio de Tezcatlipoca;¹ ahora toca el turno a Xipe Tótec. Ambos investigadores, Guilhem Olivier en el primer caso y Carlos Javier González González en el segundo, tienen dos cosas en común: la primera, la conciencia de que sus intentos no pueden realizarse sin una profunda erudición; la segunda, la preparación y el empeño suficientes para lograrlo.

Xipe Tótec es un dios verdaderamente complejo. Empecemos por su nombre mismo: ¿Nuestro Señor el Desollado? ¿Nuestro Señor el Dueño de la Piel? Hay una diferencia enorme entre ambas traducciones, pues el nombre nos enfrenta al primero de los misterios: ¿es la integración de dos personas, la vestida y la cobertura?; ¿es el dios de esta oposición binaria?; ¿es quien dejó de existir y renace al ser cargado por otro cuerpo?; ¿es el cuerpo con una nueva cobertura? Seler, el viejo Seler al que debemos recurrir siempre para iniciar la marcha en los senderos de la simbología mesoamericana, se inclinó por la última interpretación al identi-

¹ Guilhem Olivier, *Tezcatlipoca. Burlas y metamorfosis de un dios azteca*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.

car al dios como señor de la primavera, y para él la piel es la capa de renovación vegetal. Por otra parte, los *Anales de Cuauhtitlán* afirman que Tótec se cubrió con una piel.² Ni a la cita de los *Anales* ni la interpretación de Selser parecen convenir a la traducción de la palabra *xipe* como “el desollado”; pero, en fin, dejemos este problema como una muestra de la complejidad del dios y abordemos la forma en que Carlos Javier González González se enfrenta al problema.

La primera vía que elige Carlos González para develar los misterios de Xipe es la búsqueda del origen de su culto, ya que muchos autores han encontrado en varias áreas mesoamericanas del Clásico claras –y no tan claras– pruebas de desollamiento, sacrificio gladiatorio, sacrificio por flechazos sobre una víctima atada a una armazón de madera e imágenes de dioses con pintura facial de sendas barras verticales que cruzan los ojos. Todos éstos son elementos propios del dios en el Posclásico, lo que ha hecho suponer a los especialistas que el dios y su culto son más antiguos. Carlos González incursiona en el campo de la iconografía con un maduro análisis crítico que recuerda el rigor que caracterizó a H.B. Nicholson, otro autor obsesionado por la figura de este dios. Para Carlos González –y en esto reconoce la influencia de Kubler– los elementos aislados no son suficientes para asegurar la antigüedad del culto a Xipe. Al menos por precaución, expresa su duda frente a los argumentos de los colegas. Habría que tomar en cuenta, sin embargo, que entre los casos señalados por Carlos González puede encontrarse al menos alguna pieza en la que coinciden dos o más de los indicios señalados, y me refiero en particular a una cuya imagen aparece en el libro: Andrews relaciona con Xipe Tótec la representación, hallada en la gruta de Balankanché, de un personaje militar vestido con una piel humana. Es la imagen que en este libro corresponde a la figura 33 (página 59). El personaje tiene sobre la nariz la doble banda segmentada igual a la pintura facial sobre los ojos que aparece en Xipe en los códices *Tudela* (12r), *Nuttall* (35), *Borbónico* (24), y *Matritense de la Real Academia* (Libro I, fojas preliminares). De cualquier manera, consideramos que la prudencia expresada por Carlos González en la identificación de las imágenes es sumamente razonable, y que este arranque de la investigación nos garantiza ya la solidez de sus propuestas.

Llega así Carlos González a los casos ya incontrovertibles del culto a Xipe, y los sitúa principalmente en el Posclásico temprano del centro de México, época de la que pasa al Posclásico tardío para ubicarse en el eje de su investigación, precisamente en la importancia y el significado que tuvo el culto a Xipe entre los mexicas. Esta derivación significa para el investigador una línea histórica que encadena la caída de Tula con el surgimiento del poderío de Tenochtitlan.

² *Anales de Cuauhtitlán*, p. 14.

La sucesión en la hegemonía será una de sus claves de interpretación, pues le permitirá explicar la liga entre Xipe y Quetzalcóatl en los relatos legendarios del fin de los toltecas, proceso que, a su juicio, quedará reflejado en los ritos de las fiestas religiosas de los mexicas.

Carlos González dedica el segundo capítulo al escenario del culto a Xipe en la capital mexica. Su formación como arqueólogo convierte esta parte de su libro en los cimientos de su pesquisa, ya que hace un erudito recorrido por los cuarteles o *nauhcampan* de la ciudad, por los barrios o sedes de los *calpulli*, por los templos y por los monolitos que sirvieron como objeto litúrgico para las ofrendas y sacrificios dedicados al dios. Analiza puntualmente, incluso, elementos constructivos del Templo Mayor, destacando la importancia del *coaxalpan* y el *apétlac*. Aquí conjuga su experiencia en las excavaciones, sus conocimientos de la historia de las mismas y su familiaridad con las fuentes documentales de la Colonia temprana. Es un manejo argumentativo que concuerda la información más heterogénea, buen ejemplo para los jóvenes arqueólogos, ya que les muestra la importancia que tiene la profundización en los antiguos documentos para el adecuado ejercicio de su profesión.

Continúa el desarrollo de este libro con la difícil interpretación de la historia tolteca. La tarea es difícil no sólo por la disparidad de las versiones de los distintos episodios que narran las fuentes documentales, sino por el carácter mismo de los relatos, que oscilan en amplias trayectorias entre la historia y la leyenda. Yo acentuaría un factor más de desconcierto: a la leyenda y la historia habrá que agregar un fuerte ingrediente mítico, mismo que hace de Quetzalcóatl y de Xipe, en cuanto personajes del relato, no sólo actores legendarios, sino prototipos divinos, cósmicos, cuyos atributos se refieren no al acontecer mundano, sino a los procesos formativos del tiempo-espacio del mito. Precisamente de este aspecto mítico deduce Carlos González las relaciones existentes entre Xipe Tótec y el nacimiento prístino del Sol, lo que convierte al numen en el vocero de una nueva era. En su interpretación del ritual, el autor ratifica el significado subyacente del traslado del poder político en la cuenca de México, mismo que hace ideológicamente a los mexicas los herederos de las antiguas glorias toltecas. Entre los relatos más importantes de la caída de Tula destaca el episodio en el que los dioses de la lluvia privan a los toltecas del maíz con una terrible sequía. Tiempo después de haber infligido el castigo de la hambruna a este pueblo, el relato dice que entregaron el don de las cosechas a los mexicas. Para el autor, el contexto general de la caída de Tula se tiñe de un sentido agrícola.

Al estudiar los ritos, Carlos González hace hincapié en un principio fundamental para la intelección de las fiestas del calendario ritual y solar de 365 días.

Los 18 meses del año, aparentemente constituidos—salvo las fiestas dobles— como segmentos independientes, obedecen a una lógica que los relaciona entre sí. En esta forma, como lo afirmó Selser y como insiste Carlos González, hay una oposición complementaria entre la veintena de *tlacaxipehualiztli* y la de *ochpaniztli*, dedicada ésta a Teteoinnan, la Madre de los Dioses (ambas fiestas religiosas quedan ubicadas en extremos distales de los 18 meses. En ambas es fundamental el ritual del desollamiento y el uso de la piel del sacrificio como cobertura. Cuando Carlos González se refiere al significado agrícola de ambas fiestas, insiste en que las celebraciones de *tlacaxipehualiztli* y *ochpaniztli* no sólo son opuestas complementarias en el sentido temporal, sino en su simbolismo.

Aparte de lo anterior, el autor hace hincapié en rituales que se van hilando a través de las veintenas más allá de la aparente segmentación de éstas, y así señala cómo en el caso del culto a Xipe puede empezarse con los ritos de una veintena preparatoria, *cuáhuitlehua oatlcahualo*, para seguir por las impactantes ceremonias de *tlacaxipehualiztli* y su espectacular *tlahuahuanaliztli* o “sacrificio gladiatorio”, y continuar en la veintena de *tozoztontli*, en la que se ofrecían las primeras flores en el templo de Yopico, dedicado a Xipe, el mismo lugar donde quedaban enterradas las pieles de los sacrificados que habían sido vestidas en la veintena anterior. La continuidad ritual no concluye en estas veintenas, y así lo hace ver Carlos González al señalar la vinculación de Xipe con ceremonias diversas.

Los nexos entre las fiestas permiten valorar dos principios organizativos que son complementarios: por una parte, la división del año solar en veintenas que explican cómo los dioses penetran en este mundo en un orden estricto para efectuar, en el tiempo que las leyes cósmicas les han asignado, sus funciones primordiales; por la otra, cómo todas las acciones de los dioses obedecen a una estructura general, anual, que los enlaza en la globalidad cíclica del año.

La presencia de Xipe en el mito del nacimiento prístino del Sol, su participación en la historia de la caída de Tula, el enlace de las veintenas y la oposición entre *tlacaxipehualiztli* y *ochpaniztli* permiten a Carlos González explicar los otros valores rituales del culto al dios y con ello el carácter mismo de la compleja personalidad de Xipe Tótec. Es al mismo tiempo un dios de la guerra y un dios que interviene en el ciclo de germinación y maduración del maíz, incluida la fase trascendental de selección de las semillas destinadas a la siguiente temporada. El dios está tan estrechamente unido al maíz, que Carlos González llega a criticar la tipificación que Selser hace de Xipe como el señor de la regeneración vegetativa. González considera que la tipificación es demasiado amplia. Sostiene que, en forma mucho más restringida y precisa, el dios debe ser considerado como protector de la regeneración del maíz. Consecuentemente, otorga la de-

bida importancia al hecho de que las ofrendas de esta secuencia de veintenas sean alimentos producidos con maíz crudo. Es el ritual que conduce, por fin, a la instauración de la cocción del maíz, por lo que se resalta, como en muchos mitos, una ausencia y una posterior presencia. Lo anterior me inclina a hacer comparaciones entre lo afirmado por Carlos González y lo que sucedía en otras fiestas: la prohibición de consumir comidas cocidas durante la fiesta del Dios del Fuego hasta que el fuego mismo era incoado en el mundo por medio del rito; en otra, según lo refiere Jacinto de la Serna,³ la negación del débito conyugal hasta el momento en que era celebrado ritualmente el matrimonio arquetípico entre el dios Mixcóatl y la diosa Chimalma. En otras palabras, el ritual va indicando cómo, en la ilación cíclica, los dioses fueron instalando en el mundo sus grandes dones. El rito marca el paso de las actuaciones míticas, contrastando la ausencia del bien con la presencia prístina del don divino.

Cuando Carlos González estudia el aspecto guerrero del dios y su culto, resalta la participación de los militares en las fiestas de Xipe. Se refiere entonces al “tiempo natural de la guerra”, el comprendido entre dos cosechas, periodo que permitía, a su juicio, que los agricultores, población que integraba el grueso de la milicia, participara en campañas militares sin afectar la economía de las milpas. Este tiempo intermedio, observa, comprendía la veintena de *tlacaxipehua-liztli*. La veintena, nos dice, cerraba coherentemente el ciclo que en su opuesta, *ochpaniztli*, había marcado con la entrega de armas y divisas que hacía el supremo gobernante mexica a los guerreros bisoños. A partir de estas observaciones, guerra y agricultura integraban —como lo afirma Matos Moctezuma— la ideología de un pueblo que se encontraba en la cúspide hegemónica del Posclásico tardío. Los atributos de Xipe Tótec, en su complejidad, lo hacían uno de los símbolos centrales del estado mexica.

En resumen, el volumen que ahora se analiza es un notable paso en la dilucidación de este dios, aparentemente incomprensible. Como todo avance científico, se llega lejos, pero no a una meta definitiva porque ésta no es posible en la ciencia. La ciencia es un magno edificio en perpetua construcción, y su construcción motiva las constantes modificaciones o supresiones de lo anteriormente erigido. Siempre queda mucho por aclarar; habrá sin duda abundantes temas para debatir, pues Xipe no pierde —ni perderá jamás— su maravilloso halo de misterio. Sin embargo, este libro quedará como lectura obligada para todo aquel que desee retomar la estafeta. Es una obra meritoria, inteligente, producto de un trabajo arduo y productora

³ Jacinto de la Serna, Manual de ministros de indios para el conocimiento de sus idolatrías y extirpación de ellas, en *Tratado de las idolatrías, supersticiones, dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentílicas de las razas aborígenes de México*, 2 v., Fuente Cultural, México, 1953, v. I, pp. 47-368, 181, 189.

de valiosas pistas no sólo para volver a los arcanos del dios de la piel, sino a los de toda la concepción mesoamericana de los dioses y del funcionamiento cósmico. Este libro posee las cuatro virtudes indispensables de un buen trabajo científico: devela importantes incógnitas del planteamiento inicial, crea otras incógnitas para planteamientos futuros, rotura nuevos surcos de investigación y reta con propuestas arriesgadas y provocativas para que el debate continúe.

Alfredo López Austin⁴

⁴ Investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.